

Josep María Flotats, actor

“SOY UN PESIMISTA ACTIVO”

Ha sido sobre las tablas, entre otros, *Cyrano de Bergerac*, *El Misántropo* o el intelectual que discute acaloradamente con dos amigos sobre la belleza de un cuadro que en realidad es un lienzo en blanco en *Arte*, pero Josep María Flotats, actor inmenso, habla ahora con un entusiasmo desmedido de *Serlo o no*, la obra de Jean-Claude Grumberg, autor francés, viejo amigo suyo, judío y heredero del Holocausto. “Grumberg es el dramaturgo trágico más cómico de su generación”, afirma Flotats sobre el autor de esta obra, que, traducida por el colaborador de EL SIGLO Mauro Armiño, se representa en el Teatro Español de Madrid.

Por Luis Eduardo Siles

Serlo o no, con un perfil de comedia, tiene un subsuelo durísimo, supone una reivindicación al no olvido del Holocausto y del difícil camino histórico de los judíos.

-Sí, y con clave de comedia además, como usted dice, y con ese humor que sólo los judíos saben tener de ellos mismos y de su propia situación. Sí, es eso. Pero es también un canto a la paz y a la libertad del prójimo, que puede ser de otros orígenes, de otra raza, de otros conocimientos, de otros pensamientos, de otra religión, y que eso no debería tener la menor importancia. Voy a hacer un paréntesis. Yo, cuando era muy joven, tuve la suerte de visitar el Líbano antes de la primera guerra, que los destruyó. Era 1960. Y recuerdo que libaneses, que unos eran árabes, y otros cristianos, y judíos, y musulmanes, en los mercados que había allí, convivían perfectamente, había una tienda árabe y, al lado, otra cristiana. Se decía entonces que Líbano era la Suiza del Oriente Próximo, y eso, por cuestiones políticas y de intereses, se ha destruido y ha dejado de existir. Con Grumberg, el autor de esta obra, he hablado mucho de aquella experiencia, y le he dicho que yo conocí un pequeño trozo de Oriente Próximo

en el que no había ni el más pequeño problema de convivencia. Grumberg está hablando en *Serlo o no* de “claro que estoy a favor de la paz”, sólo faltaría eso, y estoy a favor también del reconocimiento de un Estado palestino, democrático, soberano y pacífico. Pero en la obra hay dos personajes. Uno poco viajado y leído, en definición de Josep Pla, que dice: “Mi mujer me ha contado lo que ustedes les hacen a los palestinos. Robar la tierra de otros, ¿es

“No bajemos la guardia, que hay muchos Hitler por ahí esperando su ocasión”

un detalle para usted?”. Y le responde el personaje de Grumberg, que interpreto yo, el intelectual: “¿La tierra de otros? Resulta que los judíos, los israelitas, los hebreos –llámelos como quiera–, ya vivían en esa tierra de otros antes de que los cristianos inventasen el cristianismo y los mahometanos el islam”. Hablaba yo con Grumberg también de esta cuestión, y me dijo una cosa muy interesante y muy inteligente: “Yo estoy convencido de que el problema de Israel o palestino no se solucionará has-

ta que haya una sociedad árabe laica poderosa”. Pero la obra no habla de esto en su conjunto. Habla del derecho a la diferencia, el derecho a la autorrealización, y también el derecho de donde he nacido. ¿Me gusta dónde he nacido? ¿Ese azar me ha hecho nacer en un sitio y en una familia que me ha enseñado ciertas cosas? ¿Las acepto? Expone a una persona que intenta vivir conforme a sus propios criterios y trata de construir su libertad.

-El Epílogo es estremecedor, y en ese monólogo su personaje narra el encuentro con aquella chica que le cuenta que estudia Historia y está preparando una tesis doctoral sobre el Holocausto.

-El padre y el abuelo de Grumberg murieron al ser deportados, como se cuenta en la obra. Y sí. Es que el Epílogo no pertenece a la obra original, no está en la pieza. Pero yo conozco a Grumberg desde hace muchos años. Somos amigos desde mis principios en París. Él también comenzó como actor y luego se hizo escritor. Pero en abril de 2013, en París, él me dice: “Toma este texto, que todavía no está en las librerías”. Lo leo y me entusiasmo. Y le respondí: “Lo voy a montar”. Tuvimos largas conversaciones. Me recordó que nunca se había estrenado una obra suya en España. Porque en Francia es archiconocido. Cuando se anuncia la última obra de Grumberg en Francia, el teatro se llena. Y en todas sus obras existe una referencia a lo judío. Aunque sólo sea en clave de humor. Grumberg es el autor trágico más cómico de su generación. Esta es una obra muy cáustica. Yo la encuentro brillantísima, inteligentísima, y con un doble fondo fantástico. Pero él insistía en que quizás tenía otras obras más potentes para un público, el español, que no lo conoce. Y me hizo dudar. Porque en Francia hay una sensibilidad hacia lo judío que en España no existe. Desde los tiempos de los Reyes Católicos, esa sensibilidad se desconoce aquí. Pero desde 2012 yo estaba metido en la lectura de dos libros de memorias de Grumberg que no tienen nada que ver con sus 35 obras de teatro. Y esos libros me fascinan. Y yo hice un montaje de hora y media basado en esas memorias. Pero no quería renunciar a la obra, *Serlo o no*, que él ha es-

crito tan brillante, tan incisiva, tan inteligente, y con un lenguaje de teatro tan contemporáneo. Me puse a trabajar y esa hora y media la reduje a 17 minutos, lo que dura el *Epílogo*, y Grumberg quedó encantado. Y además se muestra quién es y de dónde viene el autor. Rompemos la cuarta pared. Y ese *Epílogo* hay que decirlo de una manera sencilla, como si fuera una conferencia, a partir de ahí ya no puedes hacer teatro. Tiene que brotar la sinceridad más absoluta. Nada de efecto teatral, porque si no, sería falso. Resulta muy complicado, porque hay que meterse en un estado de memorias emocionales fuertes y no hay que hacer melodrama en ningún momento. Hay que presentarlo como algo que es muy dramático y duro, pero es necesario sobreponer-

se para poder contarlo. Es como el revés del trabajo del actor. La emoción tiene que estar pase lo que pase. Pero hay que echarla para atrás. Para que no aparezca. Pero, a pesar de eso, está. Es como un trabajo contrario a lo que normalmente haces cuando construyes un personaje. Y estoy muy contento de eso.

-Hay una frase estremecedora. El vecino pregunta: "¿Ha vuelto Hitler?". Y el personaje que usted interpreta responde: "Nunca está demasiado lejos".

"Creo en el bienestar que nos puede transmitir una obra de arte"

-Esa frase es brillantísima y terrible. Es como una lección de historia. Grumberg también tiene esa cosa que no hay que olvidar: es un heredero del teatro del absurdo. No de Ionesco, más bien de Beckett. *Esperando a Godot*, sí. Hay en *Serlo o no* esa cosa lejana, pero que es de teatro del absurdo. Mi personaje le cuenta al vecino un sueño que ha tenido esa noche. En la cama de al lado de la suya está durmiendo Hitler. Cuenta mi personaje: "Yo estaba inquieto y de pronto -le cuento- esa inquietud se ha convertido en pánico cuando he visto, sobre la mesilla de noche de Hitler, un texto que yo, niño todavía, acababa de escribir y que, por descuido, había dejado allí la noche anterior. Si Hitler lo había leído, estaba perdido. Pero me he dicho a mí mismo que yo es-



F. MORENO



F. MORENO

cribía en francés y que Hitler no leía francés. Y después he descubierto que, al otro lado de la cama de Hitler, dormía, también sola, mi mujer". A mí me encanta ese pasaje de la obra porque siempre se hace un gran silencio en la sala. Piensan que el protagonista era niño, pero al mismo tiempo ya estaba allí su mujer. Es teatro del absurdo y, al mismo tiempo, Freud. El vecino no entiende. Y mi personaje viene a advertir: "No bajemos la guardia, que hay muchos Hitler por ahí esperando su ocasión"

-Mauro Armíño, traductor de la obra, escribe en el *Prólogo*: "El miedo al otro engendra monstruos"

-Es verdad, es verdad, es verdad. Es el desconocimiento, la incultura, el miedo a lo que se desconoce, y a lo que se conoce a través de tópicos, claro. El judío es avaro. Los gitanos roban los pollos. A los moros no hay que creerlos. Tópicos. Ahí yo digo: espero que la cultura y el conocimiento sirvan de algo. Para borrar lugares comunes. Yo soy un pesimista activo. Yo no tengo esperanza en que las cosas se arreglen mucho. Pero no bajo la guardia. Cada vez estamos en una situación, la nuestra, en una Europa, la nuestra, y en un mundo, el nuestro, que dices: optimistas nada. Pero nada de nada. Ahora bien: hay que seguir trabajando, y hay que seguir defendiendo las cosas en las que uno cree, y que piensa que son justas. Pero la solución la veo muy difícil. Yo he co-

El teatro como creación poética

—¿El teatro es palabra y actor?

—El teatro es creación poética. Obra del poeta. Primero es el poeta: el escritor. Y el actor es el sacerdote que sirve la misa. Lo mejor posible. Una misa laica. Pero una misa, al fin y al cabo. Hay que entregarse en cuerpo y alma. Y muy humildemente. Pero con rigor, con tenacidad, y con mucho trabajo. Pero primero es el poeta. El actor está al servicio del poeta. Hacemos efecto acústico del pensamiento, de la palabra, del verbo. Somos transmisores del verbo. Pero esa transmisión pasa a través de nuestro cuerpo. Y entonces forzosamente tiene unas resonancias que nos pertenecen. En ese sentido sí que los actores somos creadores también. Porque el poeta pasa a través de nosotros y lo transmitimos a través de nuestro corazón, nuestra sangre, nuestro estómago, nuestro hígado, nuestra mente, nuestro pensamiento y nuestros sueños. Y lo hacemos nuestro. Y lo amamos, lo queremos y lo defendemos. En eso somos creadores también. Participamos en la creación dramática. Pero somos, sobre todo, transmisores.

nocido una Europa, que era Francia, que era el París de los años 60, con De Gau-

lle en el poder, rodeado de una gente, incluso los que eran conservadores, o los que eran más de izquierdas, o los que eran del Partido Comunista, había en la sociedad un ansia de construir algo, todos juntos, y había, con discrepancias políticas, una unidad social. Si hay problemas por aquí, hay que resolverlos por allí. Y luego había líderes. Yo no es que sea un gaullista cien por cien, pero ojalá que tuviéramos eso actualmente en Europa. Había hombres que sabían que estaban a la altura de unos compromisos políticos y con una mirada hacia el futuro, con energía y con moderación. Y ahora observo y me digo: ojalá tuviéramos líderes así, pero no los hay. ¿Qué líderes tienen las naciones potentes de hoy en día? Antes de la Segunda Guerra Mundial, sí, los líderes que había en Europa eran un asco. No hablo de éstos. Pero después de la Segunda Gran Guerra surgió como un momento de "vamos a reconstruir la Humanidad". Los derechos del hombre, por fin, afloraron. Y ese ideal se reflejaba en la literatura, en el arte, en el teatro. Pero ahora tengo la sensación de que no. Estamos en una sociedad que parece que ve que el futuro va a ser feliz. Pero veo difícil que mañana se pueda ser feliz. Aunque no hay que bajar la guardia.

-Su personaje dice: "Ser judío se contagia al nacer".

-Es que el otro le pregunta: "¿Qué es ser judío?". Significa el juego dentro del juego permanentemente. Es una verdad, pero dicha con retranca y con una doble ironía. Y mi personaje, añade: "Después, es judío el que no niega que lo es, si lo es".

-¿*Serlo o no* es teatro político en clave de comedia?

-Sí, es comedia, y es arte, que nos hace un poco mejores. Yo creo en el bienestar que nos puede transmitir una obra de arte. Cuando escuchamos una gran música, cuando vemos una gran pintura, cuando nos encontramos delante de una representación de teatro de calidad, gracias a una partitura de peso, de una literatura de peso, al terminar tenemos esa sensación de placer, de ser momentáneamente felices. Entonces piensas: soy un poco más *homo sapiens*. Y eso es lo importante del teatro. ●